

Homilia del P. Adolfo Nicolás
Superior General de la Companyia de Jesús
Església del Sagrat Cor
Barcelona, 13 de novembre de 2008



P. General de la Companyia de Jesús, Adolfo Nicolás.
Visita a Catalunya, novembre 2008.



Homilía del P. General en la Eucaristía celebrada para familiares y amigos de la Compañía de Jesús en Cataluña, en la Iglesia del Sagrado Corazón de Barcelona el 13 noviembre de 2008.

He de demanar perdó per no parlar en català. Parlaré en castellà.

Caspe ha sido para mí durante muchos años un símbolo de los jesuitas en Barcelona y nunca pensé que estaría hoy aquí predicando.

La narración que acabamos de escuchar del Niño perdido y hallado en el templo me parece que es una narración que provoca sentimientos mezclados. Por una parte es una narración fácil, es una historia fácil de recordar. Yo la aprendí en Barcelona en 1943 ó 44. Y sin embargo hay algo en la narración que nos deja perplejos. Hoy en este auditorio, según me han dicho, hay algunos padres o hermanos y hermanas de jesuitas. Estoy seguro de que más de una vez han meditado sobre esta narración aplicándola a su hijo o a su hermano. En la mente de todos corre con cierta naturalidad el sentimiento de que algo importante en nuestra vida se nos escapa cada vez que uno de nuestra familia se va al convento o al seminario. El hijo o el hermano querido con quien contábamos todos se nos ha perdido en el camino. Como Jesús. Algunos han sido recuperados después. Se ordenan, están cerca, y a veces se los encuentra con más facilidad que a los hermanos casados que se han ido a otra ciudad. Otros en cambio se fueron a la India, al Japón, a Bolivia, a Camboya, y a tantos otros sitios como yo me voy encontrando en mis visitas ahora por el mundo. Hay jesuitas catalanes en todas partes.

El momento fuerte de esta meditación, de este Evangelio, llega cuando nos proponían en los sermones que oíamos de pequeños, o meditábamos aquellas palabras del encuentro de Jesús con María, su madre: "Hijo, ¿por qué has hecho esto con nosotros?". María le hace a Jesús dos preguntas: "¿Por qué?". Y luego: "¿no sabías que tu padre y yo te buscábamos?". Y Jesús responde también con dos preguntas: "¿Por qué me buscabais?". "¿No sabíais que yo tengo que preocuparme de las cosas de mi padre?". Dos preguntas, dos preguntas: Por qué. Por qué. – ¿No sabías y ¿no sabíais?. – Tu padre y yo. Mi padre.

Es un paralelo total en el diálogo entre Jesús y su madre. El paralelo es perfecto. Cuando oíamos estos sermones nos sentíamos dolidos, vencidos y resignados. Creo que esta experiencia la han tenido muchos de Vds. El predicador se bajaba del púlpito contento, con aire de victoria. Estoy seguro que se acuerdan. Yo ciertamente me acuerdo, pero entonces no entendía aún el dolor de los padres y el sentimiento de pérdida de los hermanos. Y hoy me pregunto si estos sermones eran correctos o no. Por eso hoy me dan ganas de darle la vuelta a este pasaje tan familiar y tan bien conocido de todos.



El punto central evidentemente ha sido siempre, al final, la dedicación total de Jesús a la voluntad de Dios Padre. Todo va orientado a este punto de una manera dramática y llena de emoción. Es un pequeño resumen de toda la vida de Jesús que se resume en este pasaje. Su vida es buscar la voluntad de Dios.

Pero entonces Jesús no es solamente ese joven que decide perderse en el templo, ese joven que decide irse al seminario, al noviciado, al monasterio. Jesús es entonces todo cristiano que busca la voluntad de Dios, del Padre de todos. Somos todos los aquí presentes que estamos invitados a perdernos en la búsqueda de Dios, de su reino, de la misión que tiene reservada para nosotros. Ya no se trata de la familia dolorida que ha perdido a su hijo en el templo, aunque sea el templo de los jesuitas!. Se trata de la familia perdida en busca del Jesús perdido, para encontrar juntos la voluntad del Padre y participar en la misma misión. La búsqueda es común, unidos en una respuesta compartida a la llamada de Dios.

Este cambio comenzó con el Concilio Vaticano II cuando nos recordó que la llamada es de todos, que Jesús y su vida es para todos, que todos los caminos que comienzan en el bautismo llevan a la misión y al reino de Dios. El niño perdido, por lo tanto, somos todos nosotros ahora. No unos pocos. Porque el evangelio es de todos y los dolores de nuestro mundo son también de todos. Por lo tanto la respuesta es nuestra, común.

En nuestra última Congregación General, a la que ha hecho alusión el P. Luis, este año hemos vuelto a hablar de la colaboración como la manera cristiana de trabajar por el reino de Dios. Hemos hablado de colaboración con todos, sin limitar las posibilidades, con cristianos o no cristianos, con budistas en Japón, con musulmanes en Indonesia, con luteranos en Alemania. Lo importante es que todos estemos perdidos como Jesús, buscando ante el sufrimiento, como en el evangelio de hoy, la voluntad de Dios, que es el bien de los demás, la justicia, la esperanza y la paz.

El poder contar hoy con tantos y tan magníficos hombres y mujeres que comparten nuestra misión, es una inmensa alegría para todos nosotros y una razón más para vivir en esperanza.

Hoy sólo hay una condición para poder colaborar: sentirse perdido, como Jesús, buscando el bien de los demás, el servicio de la Iglesia, del reino de Dios, la voluntad del Padre. Distintas maneras de expresar nuestra llamada a servir.

De este pasaje nos queda sólo una pregunta (o más). Hoy no creo que Jesús se perdiera de nuevo en el templo. Ciertamente no en las iglesias medio vacías de Europa. A lo más en Asís o en Montserrat. (He escogido una iglesia). Hoy, imagino yo que Jesús se perdería en Bruselas donde están los nuevos sacerdotes de la nueva Europa, sacerdotes prácticamente agnósticos, sin historia y un poco demasiado a la defensiva. Y allí le podríamos encontrar arguyendo por la



humanidad, por no hacer de Europa un templo cerrado, un bunker, un mercado de privilegios, por no cerrar las puertas a nuestros hermanos más pobres que vienen del sur, del este o del oeste. Si le preguntáramos a Jesús por qué se quedó en Bruselas o se marchó a Bruselas nos diría a su vez que ¿por qué os extraña esto? ¿no sabéis que hay que buscar la voluntad del Padre? ¿que la voluntad el Padre es que todos se salven y no sólo los europeos?.

El evangelio de hoy sigue vivo y provocador, como siempre, entre nosotros. La voluntad de Dios sigue doliente en busca de los hijos abandonados a su suerte, perdidos en pateras malhechas o abarrotadas, en puestos de trabajo explotados y sin ningún tipo de seguridad social. Hoy Jesús se perdería de nuevo en nuestras peregrinaciones, como se perdió en Jerusalén, pero se perdería en los nuevos templos. Y es allí donde le podemos encontrar. Desde allí nos invita a encontrar la voluntad de Dios en los emigrantes, en los excluidos, en los hermanos y hermanas que lo arriesgan todo para dar vida, una vida a veces mínima, sin privilegios, ni extras, para sus familias o que vienen con la esperanza difícil de vivir ellos mismos una nueva oportunidad.

También nosotros, los europeos, fuimos emigrantes en otro tiempo, aunque a veces nos llamamos a nosotros mismos conquistadores, que suena mejor, o hicimos canciones soñando en el emigrante que volvía rico.

Hoy por lo tanto damos gracias a Dios y a todos vosotros que nos habéis dado hijos y hermanos para la misión común, cuando ese don era perder al hijo o al hermano.

Hoy también tomamos conciencia de que todos somos niños perdidos buscando la voluntad de Dios en una misión y una vocación cristiana que es de todos.

Y por último hoy pedimos que sepamos dónde encontrar a Jesús: entre los que continúan siendo la preocupación del Padre, del Dios de los pobres, y de los excluidos. Y que como María conservemos todas estas cosas y palabras en nuestro corazón, para que el Señor cambie nuestra búsqueda y así nos encontremos todos en El. Amén.

**P. Adolfo Nicolás, Superior General de la Companyia de Jesús
Barcelona, 13 de novembre de 2008**